



C.M.Kornbluth

**DESFILE
DE
CRETINOS**

GALAXIA
Ciencia-Ficción

Excelente antología que cuenta con la mejor historia de Kornbluth, la descarnada y cínica La marcha de los atrasados mentales

LA MARCHA DE LOS ATRASADOS MENTALES

Algunas cosas no habían cambiado. Una rueda de alfarero seguía siendo una rueda de alfarero y la arcilla era aún arcilla. Efim Hawkins había construido su establecimiento cerca de Goose Lake, donde existía una estrecha faja de arena blanca. Mantenía allí encendidos tres hornos con carbón de sauce procedente de la porción de bosque. El bosque era también útil para darse buenos paseos mientras los hornos se iban enfriando, ya que, si se permitía el gusto de quedarse junto a ellos, tal vez se sentiría tentado a abrirlos prematuramente, incitado por su impaciencia por ver cómo había resultado tal o cual cosa sometida a su acción, y entonces... ¡pum! todo quedaría estropeado.

En su modesta factoría, una pobre construcción de ladrillo con techado de tejas, se desarrollaba una conferencia mercantil, mientras el «rocket». Chicago-Los Angeles rugía en los cielos... liso como una picuda, arrojando por detrás fieras llamaradas, estrepitoso...

El comprador de Marshall Fields se hallaba estudiando una botella de litro de negro vidrio, mostrando su aprobación con los movimientos de su masiva y agradable cabeza.

—Esto es realmente bonito —dijo Hawkins, a su secretario Gómez-Laplace—. Esto tiene mucho de los que usted llama verdaderos principios estéticos. Sí, es realmente bonito.

—¿Cuánto? —preguntó el secretario al alfarero.

—Siete cincuenta en lotes de docena —repuso Hawkins—. El mes pasado fabriqué quince docenas.

—Son realmente estéticas —repitió el comprador de Fields—. Me las llevaré todas.

—No creo que podamos hacerlo, doctor —dijo el secretario—. Nos costarían 1.350 dólares. En tal caso nos quedarían solamente 532 dólares de nuestro presupuesto trimestral. Y aún tenemos que ir a Liverpool para recoger algunos juegos de cena baratos.

—¿Juegos de cena? —inquirió el comprador, con su grueso rostro delataba extrañeza.

—Juegos de cena. Hace ahora dos meses que el Departamento carece de ellos. El señor Garvy-Seabright se puso ayer muy pesado con esto, ¿recuerda?

—Garvy-Seabright, ese narigudo estúpido —dijo el comprador desdeñosamente—. Ese no sabe nada de estética. ¿Por qué diablos no me dejará llevar mi propio departamento? —Sus ojos se fijaron en un ejemplar olvidado del *Whambo-zambo Comix* y se sentó para leerlo. Mientras leía sus páginas se le escapaba alguna que otra risita o algún gruñido de sorpresa.

El alfarero y el secretario, libres de él, cerraron rápidamente un trato para dos docenas de las botellas de litro.

—Desearía poder llevarme más —dijo el secretario— pero ya oyó usted lo que le dije a mi jefe. Tendríamos que renunciar a adquirir lo que nos ofrecen los clientes de artículos de cena ordinarios porque él se gastó el presupuesto del último trimestre con algunas manadas de cerditos mejicanos que algún entusiasta importador le vendió. El quinto piso está atestado de ellos.

—Apuesto a que se ven muy antiestéticos.

—Están pintados de púrpura.

El alfarero se estremeció y acarició el vidrio de la botella de muestra.

El comprador levantó la cabeza y murmuró:

—¿Todavía no han terminado de charlar? ¿Para qué me sirve un secretario si no es capaz de arreglarme las cosas, eh?

—Ya hemos terminado, doctor. ¿Dispuesto para la marcha?

El comprador gruñó malhumorado, arrojó al suelo el *Whambozambo Comix* y salió de la casa; a través del estriberón llegó a la carretera. Su coche esperaba sobre el cemento. Como todos los coches contemporáneos, era demasiado bajo de carrocería para poder pasar sobre el maderamen. Se introdujo en su interior y puso en marcha el motor con un tremendo ruido y relampagueo.

—Gómez-Laplace —gritó el alfarero al abrigo del ruido—. ¿Dio resultado el programa de radiación en el que estaban trabajando la última vez que yo me encontraba de servicio en el Polo?

—Nada. Inútil como siempre —repuso el secretario con sombrío tono—. Nos detuvo en mutación, en segregación, en selección y por último en hipnosis.

—Bien, debo volver al trabajo dentro de nueve días. Ahora voy a encender el fuego. Tengo un nuevo barniz que probar...

—Le echaré de menos. Estaré «de vacaciones» encargado de la sala de esquemas del New Century Engineering Corporation en Denver. Tienen que eregir un edificio de oficinas de doscientos pisos y, naturalmente, tienen que tener a alguien a mano.

—Naturalmente —dijo Hawkins con amarga sonrisa.

Prodújose un penetrante sonido cuando el comprador pulsó un botón. Al propio tiempo brotó una bocanada de algo parecido a una llama, como de un metro de altura, de la tapa del radiador del coche; la instalación de fuerza del vehículo consistía en una turbina a gas y no tenía radiador.

—Ya estoy aquí, doctor —dijo el secretario introduciéndose en el coche, el cual emprendió la marcha entre rugidos y llamaradas intensísimas.

El alfarero, alicaído, retrocedió sobre sus pasos, recorriendo de vuelta el estriberón y contempló sus hornos, ya en proceso de enfriamiento. El susurrante viento hacía crujir las ramas y arrancaba murmullos a los ladrillos refractarios. ¿Podría echarle una ojeada al interior de los hornos...?

El sentido común le arrancó de allí y lo llevó hasta la choza de herramientas. Cogió un pico y, resueltamente, se encaminó hacia unos montículos en los que podría haber óxidos. Estaba interesado especialmente en los de cobre.

El largo paseo lo dejó extenuado, con el deseo en el corazón de echarle un vistazo al interior de los hornos. Casi al azar hundió su pico en uno de los montículos; golpeó sobre una piedra, la cual excavó. Apareció a la vista una inscripción muy borrosa que rezaba:

ERSIDAD DE CHIC
LABO OGICO
MEMORIA DE
MUERTO EN ACTO

El alfarero exhaló un apagado suspiro. Esperaba que aquel terreno fuera un cementerio, con preferencia un cementerio antiguo que pudiera ofrecerle muchos ataúdes de bronce enmohecidos por el óxido de cobre y de estaño.

Bueno, mala suerte, tal vez por allí cerca hubiera algo.

Se encaminó hacia el vecino montículo, el segundo de ellos por su tamaño, y clavó en él su pico. Se encontró con una piedra que le costó trabajo sacar de allí, y luego el alfarero se vio muy contento de haber dado con ella. Su olfato estaba lleno de amargo olor y la inmundicia teñíase del excitante azul de las sales de cobre. El pico produjo un sonido metálico... ¡cling!

Hawkins, resoplando, contempló fijamente una placa de acero inoxidable que sin embargo estaba muy oxidada y en la que también habían letras inscritas. Parecía haberse des-

prendido del bronce descompuesto; ribetes de pátina de verdusco color correteaban por su reverso. El alfarero limpió la superficie de la placa con una manga, la volvió de modo que el sol la bañara oblicuamente y leyó:

JOHN BARLOW

«Honesto John», famoso en los anales universitarios, representa un reto que la ciencia no ha sido todavía capaz de explicar, resurrección de un ser humano que accidentalmente ha sido puesto en un estado de vida en suspenso.

En 1988 el señor Barlow, un destacado comerciante de Evanston, visitó a su dentista para que le tratara una muela del juicio. El dentista solicitó y obtuvo permiso para emplear el anestésico experimental Cycloparadimethanol-B-7, desarrollado en la Universidad.

Después de la aplicación del anestésico, el dentista recurrió al cepillo. Por fatal desgracia, se produjo un corto circuito en el aparato, que suministró corriente de 220 voltios de 60 ciclos al cuerpo del paciente. (En el pleito entablado por la señora Barlow contra el dentista, la Universidad y el fabricante del cepillo, el Jurado falló en favor de los demandados). El señor Barlow no llegó jamás a levantarse del sillón del dentista y se supuso que había fallecido a causa de envenenamiento, electrocutado o ambas cosas a la vez.

Sin embargo, los empleados de la funeraria que lo estaban preparando para su embalsamamiento descubrieron que aquel hombre —aunque no estaba ciertamente vivo— evidentemente no había muerto. Se comunicó la noticia a la Universidad y comenzó una serie de pruebas exhaustivas, incluyendo los intentos de repetir el estado de trance en voluntarios. Después de siete desgraciados casos que acabaron fatalmente, todos los intentos fueron abandonados.

Honesto John se exhibió durante largo tiempo en el museo de la Universidad y animó muchos partidos de fútbol.

tbol como mascota de los «Blue Crushers» de la universidad.

El 22 de mayo de 2003, la Junta de Regentes de la Universidad publicó las siguientes notas: «Por votación unánime, se ordena que los restos de Honesto John Barlow que se hallan en el museo de la Universidad sean trasladados a los Laboratorios Biológicos de la Universidad Conmemorativa del Teniente James Scott III y que allí sean guardados en una tumba especialmente dispuesta y bien cerrada. Se ordena además que por parte de la administración se tomen las necesarias medidas para la conservación de los restos y que se niegue el acceso a los mismos a toda persona, excepto a estudiantes calificados provistos del pertinente certificado por la Junta. La Junta se ve obligada a proceder de este modo en vista de las últimas noticias y fotografías aparecidas en la prensa de la nación, que, diciéndolo con mucha suavidad, reflejan muy poco crédito para la Universidad».

Era algo que estaba muy lejos de sus conocimientos, pero Hawkins comprendió lo que había sucedido: un fallo accidental que afectó todos los huesos durante el shock anestésico de Levantman, el cual, desde entonces, fue reemplazado por otros métodos. Para sustraer a los pacientes del shock de Levantman se aplica un inyectable al nervio trigémino, un poco de líquido salino. Interesante. Y ahora, en cuanto a ese bronce...

Levantó el pico y lo dejó caer con fuerza contra las corrompidas sales verdosas y por poco se rompió la muñeca. Algo allí abajo era sólido. Comenzó a quitar los óxidos.

Tras media hora de trabajo llegó al bronce fosforoso, una enorme masa del casi incorruptible metal. Su estructura se había debilitado a través de los siglos; notó la punta del pico hundida en un cuerpo corroído y percibió el crujir de desgarradas estrías...

Deseó haberse traído con él a un arqueólogo, para llamarlo a fin de que se hiciese cargo del descubrimiento. Era un hombre polifacético: por capricho y en sus horas libres, un artista de la arcilla y el vidrio; por necesidad, ingeniero en automatización, en electrónica y en problemas atómicos, capaz también de ofrecer un proyecto sobre control del tráfico, sobre psicología individual o general, arquitectura o planeamiento de nuevas herramientas.

Cavó una trinchera alrededor de su descubrimiento y vio que se trataba de una gran masa de bronce en forma de ladrillo que producía un excitante ruido profundo. De una de sus caras verticales saltó una ligera tira de enmohecido metal, exponiendo a la vista rojizo polvo que desapareció absorbido en el interior de la masa...

Arrojó el pico fuera de la trinchera, salió de la misma y corrió alocadamente hacia su casa. Buscó algo, un momento, halló una aguja hipodérmica y luego encontró en la cocina un envase de plástico y sal.

Ya de vuelta en la trinchera, trabajó durante otra media hora para reseguir y forzar la juntura de la tapa. Como los goznes no funcionaban, los destrozó.

Hawkins extendió el mango del pico para hacer palanca, ajustó su punta en lo más hondo y procedió a levantar la tapa. Accionó aquella cuña cinco veces y al fin pudo vislumbrar en el interior de la tumba lo que parecía ser una polvorienta estatua de mármol. Luego, sus asombrados ojos descubrieron el desnudo cuerpo del Honesto John Barlow, incorrupto y lozano.

El alfarero le pinchó el extremo del trigémino con la punta de la aguja y le inyectó 60 cc. de la solución salina, y al cabo de una hora el pecho de Barlow empezó a moverse.

Y una hora después dijo con ronca voz:

—¿Ha dado resultado?

—¡Ya lo creo! —musitó Hawkins.

Barlow abrió los ojos y se movió, miró hacia abajo, levantó las manos hasta sus ojos...

—¡Le demandaré! —gritó—. ¡Mis ropas! ¡Mis uñas! —Una horrible sospecha se reflejó en su rostro y sus manos subieron hasta el pelado pericráneo—. ¡Mi cabello! —gimió—. ¡Le demandaré hasta que acabe con su último ochavo! ¡El tribunal no le tendrá en cuenta para nada mi liberación! ¡Yo no cedí mi pelo, ni mis ropas ni tampoco mis uñas!

—Volverán a crecer —dijo Hawkins tranquilamente—. Y también su epidermis. Todo esto no estaba vivo y no quedó protegido con el resto de su cuerpo. Temo, sin embargo, que sus ropas se hayan perdido para siempre...

—¿Dónde me encuentro..., en el hospital de la Universidad? —demandó Barlow—. Quiero un teléfono. No, telefo-nee usted. Dígale a mi esposa que estoy bien y a Sam Immerman, mi abogado, que venga aquí inmediatamente. Greenleaf, 7-4922. ¡Oh! —Había intentado levantarse y una porción de su rosada piel rozó con la superficie interior del ataúd—. ¿Qué han hecho ustedes conmigo? ¿Acaso me han hervido vivo? ¡Oh, esto me lo van a pagar...!

—No le pasa nada, amigo —dijo Hawkins, deseando ahora tener algún libro que le aclarara ciertos oscuros términos—. Su epidermis empezará a crecer inmediatamente. No está usted en el hospital. Eche un vistazo a esto.

Le dio a Barlow la placa de acero que había estado sobre el ataúd. Tras una mirada suspicaz, el hombre empezó a leer. Al terminar, dejó cuidadosamente la placa en el borde de la tumba y durante un momento permaneció silencioso.

—Pobre Verna —dijo al fin—. Aquí no dice si le cargaron los gastos del juicio. ¿Acaso sabe usted...?

—No —repuso el alfarero—. Todo cuanto sé es lo que dice la placa y cómo volverle a usted a la vida. El dentista le dio accidentalmente una dosis de lo que llamamos *shock* anestésico Levantman. Hace ya siglos que no lo usamos; era eficaz, pero demasiado peligroso.

—Siglos... —repitió pensativo el hombre—. Siglos... Apostaría que Sam la estafó hasta el último céntimo. Pobre Verna. ¿Cuánto ha de eso? ¿En qué año estamos?

Hawkins se encogió de hombros.

—Lo llamamos el 7-B-936. Esto no le aclara a usted nada. Se requiere mucho tiempo para que se oxiden estos metales.

—Como aquella película —musitó Barlow—. ¿Quién lo hubiese pensado? ¡Pobre Verna!

Empezó a gimotear, recordándole amargamente a Hawkins que le había encontrado bajo una losa.

Casi con rabia, el alfarero preguntóle:

—¿Cuántos hijos tenía?

—Ninguno todavía —sollozó Barlow—. Mi primera esposa no los quería. Pero Verna quiere uno..., quería uno..., pero vamos a esperar hasta... *íbamos* a esperar hasta...

—Naturalmente —dijo el alfarero, sintiendo un salvaje deseo de decirle que se fuera al diablo, para volver a su trabajo. Pero se contuvo. Había El Problema en medio; siempre había que pensar en El Problema y este pobre desgraciado tal vez pudiera proporcionarles inesperadamente una pista. Hawkins debía hacer entrega de él.

—Vamos —dijo Hawkins—. Me apremia el tiempo.

Barlow levantó la cabeza, ofendido.

—¿Cómo puede ser usted tan poco humanitario? Soy un ser humano como...

El «rocket». Los Angeles-Chicago rugió en los cielos y Barlow se detuvo en su lastimera protesta.

—¡Hermoso! —suspiró, siguiéndolo con la vista—. ¡Hermoso!

Salió de la fosa con mucho cuidado, procurando no dañarse su infantil piel.

—Al fin y al cabo —dijo con animado tono de voz—, esto debe tener su lado de color de rosa. Nunca me dediqué demasiado a la lectura, pero es muy parecido a una de

aquellas novelas. Y creo que podré ganar dinero con esto, ¿verdad?

Dirigió a Hawkins una mirada astuta.

—¿Necesita dinero? —preguntóle el alfarero—. Tome. —Le dio un puñado de billetes y monedas—. Será mejor que se ponga mis zapatos. Tendremos que caminar un cuarto de milla. ¡Oh...! Está usted... avergonzado..., sí, era la palabra. Tome.

Hawkins le dio sus pantalones, pero Barlow estaba contando, muy excitado, el dinero.

—Ochenta y cinco, ochenta y seis... ¡y son dólares de verdad! Creí que todo sería a base de crédito o como le llaman. «*E Pluribus Unum*» y «*Liberty*»... sólo difieren en lo acuñado en ambos lados. Diga, ¿no hay aquí algún engaño? ¿Son dólares de verdad, como los teníamos antes?

—Le aseguro que son buenos... contestó el alfarero — Tengo prisa. Deseo que nos marchemos cuanto antes de aquí.

El hombre murmuraba mientras se encaminaban a la alfarería:

—¿Dónde vamos... al Consejo de los Científicos o al Coordinador Mundial tal vez?

—¿Quién? Oh, no. Le llamamos «Presidente» y «Congreso». No, eso no nos haría ningún bien. Le llevo a ver a ciertas personas.

De esto podría sacar mucho beneficio. ¡Mucho! Podría escribir libros. Se lo confiaría a algún joven inteligente para que me lo escribiera y apuesto a que resultaría un «*bestseller*». ¿Cómo andan ahora estas cosas?

Ya no hay «*bestsellers*». Actualmente la gente no lee mucho. Pero le encontraremos algo igualmente provechoso para usted.

Ya en la alfarería, Hawkins le dio a Barlow un traje completo, lo depositó en la sala de espera y llamó a la Central de Chicago.

Llévenselo —suplicó—. No para de hablar. No le he dicho nada. Quizá debiéramos dejarlo libre para que por sí mismo encuentre su propio nivel, pero queda una oportunidad...

El *Problema* —convino Central—. Sí, queda una posibilidad.

Barlow sintió regocijo cuando el alfarero le preparó una taza de café con una pastilla que no solamente se disolvía en agua fría sino que la hacía hervir. Mientras esperaban, Hawkins habló sobre el «rocket» que tanto admiraba Barlow, pero tuvo que callarse apenas comenzar; estuvo a punto de decirle al otro cuál era realmente su velocidad máxima... y casi le reveló que no era un «rocket».

Lamentó también haberle entregado a Barlow tan despreocupadamente un par de cientos de dólares. El hombre parecía estar obsesionado por el temor de que careciesen de valor, pues Hawkins había rehusado aceptarle un pagaré e incluso una promesa de devolución. Pero Hawkins no podía entrar en detalles, y se sintió muy satisfecho cuando llegó un desconocido procedente de Central.

—Tinny Peete, de Algeciras —le dijo el recién llegado con prisa cuando ambos se encontraron en la puerta—. Físico del *Probpo*. Enviado especial para hacerse cargo de Barlow.

—Gracias al Cielo —dijo Hawkins—. Barlow —dijo, mirando al hombre del pasado—. Le presento a Tinny-Peete. Se va a hacer cargo de usted y le ayudará a ganar mucho dinero.

El físico permaneció allí el tiempo suficiente para que le sirviera una taza de café, cuya preparación tanto había gustado a Barlow, y luego condujo al hombre que habían puesto a su cargo hasta su coche, pasando por el estriberón, dejando al alfarero con la preocupación de si al fin podría abrir sus hornos.

Hawkins, libre ya de Barlow y del *Problema*, fijó su atención en el horno número dos y lo abrió un poco. Una olea-

da de calor y de olor del humo que salía de dentro le hizo estremecer de alegría. Escudriñó el interior del horno y vio un rincón de un estante relumbrando en rojo cereza *que se oscurecía* entre fluctuantes zonas negras al perder calor a través de la puerta abierta. Introdujo una socarrada pala de madera que metió bajo un pichel del estante y lo sacó afuera como muestra y el vello del dorso de sus manos se retorció chamuscado por el calor. La vasija crujía y restallaba y Hawkins respiró felizmente.

El lustre de resinato de bismuto había salido de negro plateado y azulinas luces que brillaban a la perfección, con su delgada película de metal extrañamente mientras él mantenía la muestra ante sus ojos y entonces el *Problema de la Población* le pareció a Hawkins que era una cosa muy lejana.

Barlow y Tinny-Peete llegaron a la carretera de cemento, donde estaba aparcado el coche del físico en un lugar seguro.

—¡Vaya... canoa! —exclamó asombrado el hombre del pasado.

Tinny-Peete aclaró:

—¿Canoa? No, es mi coche.

Barlow lo contempló con pánico. Sus líneas eran parecidas a una canoa y en él había muchos kilos de cromo. Barlow lo tocó con los dedos, buscando la puerta... ¿era acaso una puerta?... en un inútil intento para hallar la manilla, y luego preguntó respetuosamente:

—¿A qué velocidad va?

El físico le dirigió una aguda mirada y dijo lentamente:

—Doscientos cincuenta. Lo verá en el cuentakilómetros.

—¡Oh! Mi viejo «Chevrolet» alcanzaba los cien en línea recta, ¡pero usted va mucho más rápido, señor!

Tinny-Peete hizo algo y automáticamente se abrió una gran puerta y Barlow descendió tres escalones, sumergiéndose entre inmensos cojines y se acomodó en la parte derecha. Se sentía demasiado fascinado para prestar atención

a su delicada piel. El salpicadero era una maravilla de diales, indicadores, clavijas, lucecitas e interruptores.

El físico descendió hasta el asiento del conductor e hizo algo con los pies. El motor se puso en marcha como si se hubiera encendido una lámpara de soldar, inmensa. Moviéndose entre los cojines, Barlow vio a través de un espejo retrovisor un tremendo escape lleno de brillantes y blancas chispas.

—¿Le gusta? —gritó el físico.

—¡Es terrorífico! —respondió gritando Barlow—. ¡Es...!

En aquel instante se vio impelido hacia arriba al ponerse el coche en marcha con un fuerte *¡boo-ooo-ooom!* Una tormenta pasóle por la cabeza, aunque al parecer las ventanas estaban cerradas; la impresión de velocidad era espantosa.

Descubrió el cuentakilómetros en el salpicadero y lo vio subir a 90, 100, 150 y a más de 200.

—Para mí es suficiente —gritó el físico, notando que el rostro de Barlow expresaba miedo—. ¿Quiere la radio?

Le pasó un objeto sorprendentemente ligero parecido a un casco de «football», sin hilo alguno, y señaló una hilera de botones. Barlow se colocó el casco, contento de librarse del ruido del aire, y pulsó un botón. Se encendió satisfactoriamente y Barlow se recostó aún más para paladear el gusto en cuestiones de entretenimiento e ingenio en el nuevo mundo supermoderno.

—¡TÓMELO Y QUÉDESELO! —aulló una voz en sus oídos.

Se arrancó el casco inmediatamente y dirigió una dolorida mirada al físico. Tinny-Peete sonrió y accionó un dial asociado con la hilera de botones. El hombre del pasado volvió a colocarse el casco y comprobó que la voz tenía ahora un tono normal.

—¡El espectáculo de los espectáculos! ¡El superespectáculo! ¡El superengañabobos de las atracciones! ¡La burla de todas las burlas! ¡Tómelo y quédeselo!

Se oían estallidos de risa desde el fondo.